

Venezuela 2000:

tiempo de gracia

ARTURO SOSA A.

El estilo de vida que llevo en este momento me hace estar en contacto con gran variedad de personas, grupos, lugares, de toda Venezuela e, incluso, del exterior. La pregunta ¿cómo ves la cosa? muchas veces hasta precede el saludo. Hugo Chávez Frías es tema obligado en cualquier encuentro de cualquier naturaleza. Me descubro frecuentemente defendiendo "visceralmente" las posiciones contrarias a las de las vísceras del grupo en el que me hallo. Estos meses he descubierto que soy "chavista" o "antichavista" por reacción al ambiente o grupo social en el que me encuentre. La mayor parte de las veces el mismo grupo se encarga de colgarme la etiqueta inmediateamente después de empezar a opinar sobre cualquier asunto. Cada vez con mayor frecuencia el lenguaje no verbal (expresiones de la cara, las manos o el cuerpo) sustituye las palabras, mejor, los adjetivos que vienen sustituyendo el análisis y la argumentación hace ya algún tiempo.

Pasión y libertad

También he descubierto que he perdido el tiempo durante varias décadas al esforzarme en aprender y transmitir las ideas políticas e históricas con un mínimo de precisión en el lenguaje y los conceptos. Todo el mundo se siente con el derecho a inventar su propio lenguaje histórico y político de modo que sociedad civil, pueblo, soberano, soberanía, enésima República, el puntofijismo, los 40 años, los cien días, revolución, participación, diálogo, negociación, dictadura, tiranía, derecho, nación, independencia, etc., etc., pueden significar cualquier cosa que ayude a descalificar al que está en la posición contraria en ese momento.

Otro descubrimiento personal es lo apasionante del momento. Tan apasionante como un enamoramiento. Por consiguiente, el tono visceral con el que se vive socialmente la situación actual es una dimensión importante a la que hay que sacarle el mayor provecho. Estoy convencido de que el mayor provecho de la pasión está vinculado al uso adecuado de la razón analítica y sintética, a la intuición, el olfato y todos los demás sentidos y dimensiones de la vida humana por los cuales nos relacionamos y tomamos decisiones.

El mayor desafío al que nos enfrentamos es pensar el país, no como un ejercicio exclusivo de la razón, sino desde la pasión con la que sentimos su necesidad y la imaginación que requiere toda auténtica innovación. Pensar sentimentalmente el país es un ejercicio de nuestra libertad humana para decidir su rumbo y responder por él, en fin, para hacernos cargo de nuestra vida social.

Pensar de este modo es una forma de acción política porque se trata de pensar el país, es decir, la polis, lo que

tiene que ver con lo público, ciudadano o social. Pensar el país es una acción política absolutamente imprescindible para quienes concebimos la política como el fruto de decisiones humanas responsables, referida a personas concretas que toman decisiones sobre el quehacer colectivo. Es el proceso mediante el cual se hace historia, cuyo examen cuidadoso puede ser fuente de aprendizaje individual y colectivo. La memoria histórica de un pueblo es la forma de crear, mantener y aumentar el espacio de la libertad responsable en su vida. Distorsionar la memoria histórica es atentar contra la libertad. Uno de los riesgos que estamos corriendo actualmente es éste. Cada cual moldea el pasado a su manera, tergiversando la historia y distorsionando la memoria. Hacer historia presente y futura requiere conocer y respetar el pasado histórico. De distinta forma corresponde a todos "pensar el país". Pensar no ha sido la principal actividad de este tiempo, por lo cual es necesario dedicarle energías abundantes.

Vivimos, pues, un tiempo de gracia, una oportunidad para incidir creativamente en la construcción de una sociedad mejor que la que tenemos y la que hemos tenido. Como toda oportunidad, se aprovecha o se pierde. La aprovecha quien deja el miedo a un lado y corre el riesgo de aportar lo mejor de sí. La pierde quien se paraliza por miedo, se refugia en lo conocido como lo único posible y sólo desea restablecer sus seguridades en el mismo sitio donde estaban. La "gracia", como el amor, es gratuita, se realiza en las obras más que en las palabras. La primera condición para la participación creativa en este momento privilegiado de la historia venezolana es un cierto grado de enamoramiento por el cual se puede vivir confiando en los otros.

Vivimos un tiempo de gracia, una oportunidad para incidir creativamente en la construcción de una sociedad mejor que la que tenemos y la que hemos tenido

Confusión, convulsión o revolución

Conviene volver a recordar que el punto de partida es que vivimos una profunda transformación de nuestras relaciones básicas como sociedad. A pesar de quienes no les gusta usar la palabra, estamos viviendo un proceso constituyente, es decir, constituyendo de nuevo las bases sobre las cuales se fundamenta nuestra convivencia como sociedad venezolana en todas sus dimensiones. Estamos volviendo a hacer la casa, desde sus cimientos, viviendo dentro de ella, con todas las consecuencias de desorden, confusión, propios de una situación así.

La complejidad es una característica obvia del proceso constituyente, también la incertidumbre tanto sobre los pasos a dar como sobre los resultados finales. Según la dimensión que se acentúe se califica como situación de confusión, convulsión o revolución. En todo caso, pasamos por un momento de transformación profunda, de cambios que suponen una transición igualmente compleja, por tanto, formas variadas de transitoriedad.

El reto es vivirlo "pacíficamente". En lo personal, supone reconocer la existencia y la magnitud del cambio. En lo político, es hacerlo sin recurso a la violencia, exclusivamente con las armas del diálogo y la negociación, sin olvidar los aspectos conflictivos de la acción política en general y de los momentos de cambio en particular. Dialogar, negociar, supone confrontación, muchas veces dura y dolorosa.

Los sectores sociales más necesitados enfrentan naturalmente el cambio como momento de esperanza. Desde ese lado de las relaciones sociales resulta fácil asociar el cambio con la oportunidad de mejorar, aunque sea parcialmente, una situación precaria vivida desde hace mucho tiempo y sin horizontes. Los sectores pudientes

siempre tienen abierta la puerta para escapar de las situaciones inciertas y mantener su modo de vida en cualquier otro espacio que brinde certidumbre y seguridades.

Tensa es la situación de los sectores medios, especialmente los profesionales. Ni sienten espontáneamente la esperanza de mejorar, por el contrario, los invade el temor de empeorar, ni tienen cómo escapar de la incertidumbre que provoca la transformación de las relaciones sociales. A medida que se complica la transición o se prolonga la transitoriedad y crece la incertidumbre, se aferran a lo vivido, aumenta la sensación de amenaza y se encuentran toda clase de "razones" para excusarse de participar en el proceso: "por favor, paren el mundo, quiero bajarme".

También sabemos que la sociedad no funciona sin el aporte de los profesionales, de los sectores medios en general. Ganar estos sectores para la transformación creativa significa contar con un capital de conocimientos necesarios para lograr la transición a una sociedad mejor. He aquí otro desafío del proceso que vivimos.

Legitimidad y legalidad

La difundida imprecisión en el uso del lenguaje histórico y político impuesta por Hugo Chávez, seguido por los comunicadores sociales, nos ha puesto a hablar de la IV y V República como si fuese una periodización científica y consensual de nuestra historia republicana, y de "relegitimación" de los poderes públicos como concepto elemental de la ciencia política. Cuadrar los periodos de nuestra historia para que la actual sea la V República es una distorsión tan grande del proceso que atenta contra la verdadera memoria del pueblo. Identificar "relegitimación" con nuevas eleccio-

nes en el marco de la Constitución de 1999 es quitarle todo el valor explicativo a los conceptos politológicos de legitimidad y legalidad.

El ABC de la Ciencia Política establece que en los procesos políticos la legitimidad precede y fundamenta la legalidad. El sistema político de conciliación de élites o de partidos políticos, nacido del pacto de Punto Fijo en 1958, después de un largo proceso histórico, alcanzó un altísimo grado de legitimidad que le permitió establecer su propia legalidad socialmente aceptada. La pérdida de legitimidad del sistema de partidos políticos ha sido mil veces descrita y analizada. Su consecuencia principal es que se abre la posibilidad de una profunda transformación política, a su vez necesitada de una nueva legitimidad y una nueva legalidad. La transformación política cuya posibilidad se abre no es cualquiera. Está determinada por las aspiraciones sembradas por el sistema que pierde su legitimidad y por la cultura política que se ha formado como producto del proceso histórico.

La transición que vivimos en este momento de la historia venezolana es, por eso, muy distinta a las que se vivieron en el siglo XIX, por ejemplo la que necesitó la Guerra Federal, u otras del siglo XX como el golpe de 1945 o la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Lograr la legitimidad en el momento actual exige un proceso "democrático", "participativo", "pacífico" y "popular". La violencia en el lenguaje político y la agresividad verbal entre los actores sustituyen al golpe de palacio y una relativa violencia jurídica al gobierno por decreto.

Al abrirse la posibilidad de la transformación política aparecen nuevos actores (caras nuevas o "desconocidas") y nuevas fuerzas políticas que,

al lado de los actores y fuerzas "conocidas", buscan la legitimidad que necesitan para lograr la hegemonía de su proyecto político y que éste se encarne en la nueva legalidad. En esta lucha por la legitimidad los actores políticos y las élites sociales vinculadas al sistema de partidos tienen el reto de desligarse de la caída del régimen al que han estado visible y realmente asociados.

La legitimidad que se ha abierto paso tiene su centro en el liderazgo personal de Hugo Chávez Frías, sin organizaciones intermedias entre él y la población que lo percibe como portador de sus esperanzas, con el apoyo institucional de las Fuerzas Armadas. Un liderazgo que no se explica con tres frases de Norberto Ceresole, media frase de Fidel Castro y decenas de chistes difundidos por Internet. Una legitimidad a la que no le han hecho mella la sobredosis de quejas de las élites sobre los abusos en la transitoriedad, ni sus vaticinios sobre su inminente desmoronamiento al no anunciar una política económica en los términos de sus expectativas "modernas". Por doloroso que le resulte a los analistas y otros actores políticos, Hugo Chávez ha demostrado tener una mejor percepción de la situación y más instinto político en esta coyuntura que las élites.

Sobre esa legitimidad se ha sustentado la precipitada redacción y aprobación de la Constitución de 1999 con espacios de participación ciudadana distintos y más amplios que los de los diseñados para el sistema de partidos en la Constitución de 1961. Llenar los nuevos espacios y hacer efectivos los canales de participación ciudadana en las decisiones nacionales, regionales y locales abiertos en la nueva legalidad es el frente más importante en la lucha por la legitimidad en la actual transición.

Confrontación de ideas y tradiciones políticas

Partiendo, pues, del reconocimiento del liderazgo personal de HCF como base de la legitimidad vigente, surgen inquietantes preguntas: ¿Hacia dónde se desarrollará ese liderazgo: hacia el personalismo y sus derivaciones autoritarias-dictatoriales o hacia el fortalecimiento de las instituciones y la

profundización de la democracia real? ¿Cómo pasar del liderazgo personal al pueblo organizado (sociedad civil) como sujeto y base permanente de la legitimidad, evitando la tentación paternalista autoritaria, al mismo tiempo la anomia y su derivación hacia la anarquía o el regreso al pasado que hemos querido superar? ¿En qué consiste la novedad del tiempo que vivimos? ¿Cuál es el espacio para la disidencia? ¿Cómo pasar de una cultura rentista a una productiva en el ámbito económico como dimensión clave de la transformación necesaria? El punto crucial es si el proyecto de HCF cree en la participación popular y se dirige hacia allí más allá de las palabras.

El personalismo representa una fuerte tentación para el líder y sus seguidores. Representa los deseos de la gente y aparece como eficiente al saltar mediaciones, abusando de una relación cara a cara. Encarna las esperanzas de una población necesitada y decepcionada que fácilmente excusa la ausencia de resultados inmediatos por las trabas de la vieja burocracia o las manipulaciones de sus adversarios. El personalismo exagera el infantilismo político de la población, pues necesita como condición la dependencia de las masas y la completa subordinación de sus colaboradores inmediatos. La cultura política tradicional venezolana puede favorecer la instauración del personalismo. Baste con recordar la larga tradición caudillista, el éxito del cesarismo democrático y el papel de los "líderes máximos" de las organizaciones políticas.

En el ambiente postelectoral se pueden encontrar atisbos en esta dirección, por ejemplo, la imagen usada por el Presidente en la instalación del Consejo Federal de Gobierno comparándose con el "manager" de un equipo de béisbol, puesto allí por "el Soberano" y los Gobernadores y Alcaldes como los jugadores que tienen que obedecerlo, olvidándose que fueron igualmente elegidos por el voto popular. También, la insistencia en que la descentralización es "anarquizante" cuando no sigue la pauta central del Ejecutivo Nacional, la calificación de los colombianos que cruzan la frontera como "desplazados en tránsito" para no reconocer la figura de refugiado consagrada en la Cons-

titución de 1999 y el Derecho Internacional Humanitario. La pretensión de sustituir a la Confederación de Trabajadores de Venezuela por una Fuerza Bolivariana de Trabajadores concebida como "sindicato único" nacido del Movimiento V República.

La "adulter" democrática, por el contrario, está relacionada con el PODER compartido y relacional. El personalismo es una forma exclusivista del poder, de "romper" la relación. Por eso, no me satisface la expresión "empoderamiento". La democracia participativa más que "darle poder" al pueblo, lo reconoce como actor múltiple y plural en las relaciones de poder que constituyen la sociedad política. Por eso, la pelea fundamental para dirigir el proceso hacia la institucionalización de la democracia es conquistar el espacio que la Constitución de 1999 reserva a la sociedad civil. Conquistarlo verdaderamente, con autonomía del liderazgo personal de HCF, con su propia legitimidad.

Es una pelea difícil y sutil cuyos requisitos son la valentía ciudadana y la capacidad política. Valentía ciudadana para la generación de actores políticos activos que encarnen al pueblo organizado, a la sociedad civil como sujeto de la actividad política creadora de innovaciones democráticas en este proceso de refundación de las bases de la convivencia social. Capacidad política para diseñar la sociedad que se pretende construir y organizarse para lograrlo legítimamente. Capacidad política para acertar en la valoración del proceso y de la coyuntura, lo cual implica buen conocimiento de la tradición política venezolana para entender el papel que están jugando las ideas republicanas, las convicciones positivistas, las instituciones claves como las Fuerzas Armadas, especialmente la mentalidad y formación de sus oficiales. Capacidad política para comunicarse con el pueblo venezolano, base de la ciudadanía necesaria para profundizar la democracia y fuente de la legitimidad.

ARTURO SOSA S.J.
Superior Provincial Compañía de Jesús.
Dr. en Ciencias Políticas.